The Library
of the
University of North Carolina

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F2845
.B47

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00023531420

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Form No. 513

RC
C
F2845
.B47

BELGRANO

POR

DANTE RE

Profesor Normal

Buenos Aires
Imp. A. BAIOCCO & Cía. - Rivadavia 5370
1929

BELGRANO

Por
DANTE RE
Profesor Normal

Obra premiada con medalla de oro en el Certámen Intelectual organizado por la Liga Nacional de Educación.

396689

DEL MISMO AUTOR:

Enseñanza de la Geografía. - (Monitor de la Educación Común. Agosto de 1921).

Manuel J. de Labardén. - Estudio biográfico y crítico. Trabajo premiado con medalla de oro: "Ministerio de Justicia e I. Pública de la Nación", 1921.

Aritmética. - Texto adaptado a los programas del Consejo Nacional de Educación.

Programas de Aritmética. - (Revista "Páginas" Nos. 7, 8, 9 y 10)

Avellaneda. - Estudio biográfico.

Ideas pedagógicas contenidas en el libro: "Educación Popular" de Sarmiento.

Influencia de las ideas petalozzianas en la escuela argentina.

Historia del periodismo en Córdoba (1823 - 1881).

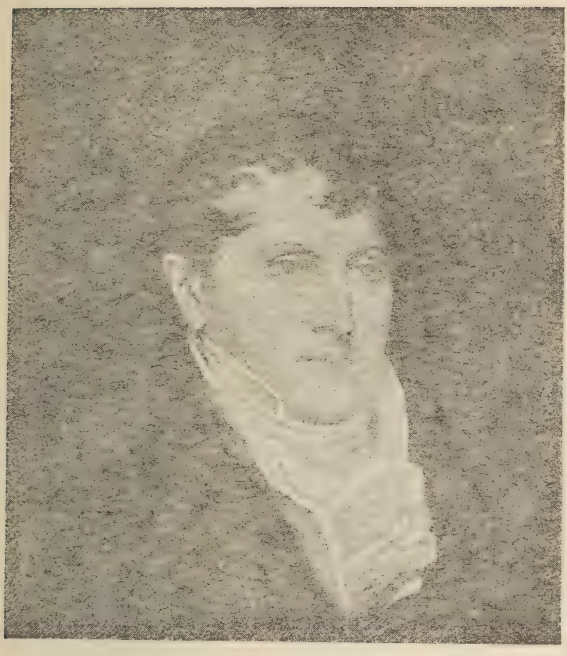
EN PREPARACION:

"El cálculo mental y escrito en la escuela argentina"

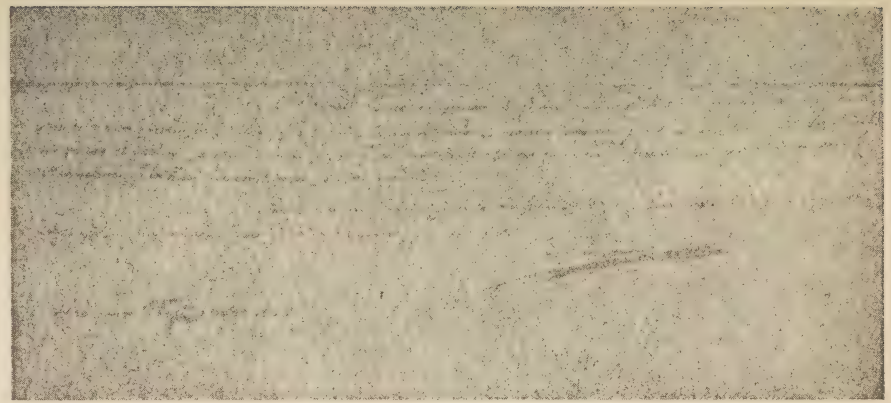
A la memoria del Teniente General Bartolomé Mitre,
primer historiador del General Manuel Belgrano.

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/belgrano00reda



Belgrano



Reproducción de una carta de Belgrano en la que se refleja no sólo el espíritu religioso que animaba sus actos, sino también su bondad y grandeza de alma. Dice así:

"Mi amado Perico: Convéncete de que nuestra causa nada tiene que agradecer a los hombres; ella está sostenida por Dios y El es quien la ha salvado; yo no he tenido más parte en la acción del 24 que la que ha tenido el último de mis camaradas, en quienes vi un espíritu prodigioso y en quienes observo una constancia a prueba para conseguir que la Patria se constituya con toda dignidad".

... ...

Tucumán, 25 de Octubre de 1812.

Sr. Pedro Andrés García.

La muerte es la augusta vida para la pupila de la justiciera historia.

I

Don Manuel Belgrano

Sus padres. — Nacimiento. — Los primeros años. — Sus estudios en España. — Se gradúa de abogado. — Nombramiento de Belgrano como Secretario del Consulado de Buenos Aires.

En el año 1750 salió de Oneglia (Liguria), su pueblo natal, Don Domingo Belgrano y se estableció en la ciudad de Cádiz, donde permaneció algún tiempo, trasladándose después a América.

Arribó a Buenos Aires en 1751, dedicándose al comercio, ramo en el que adquirió buenas ganancias que le permitieron vivir con comodidad. Aunque extranjero de nacimiento, llegó a ocupar importantes puestos, hasta ser Regidor y Alférez Real.

Contrajo enlace con doña María Josefa González Casero, perteneciente a una virtuosa familia que fundó el Colegio de Huérfanos de San Miguel, base de la actual Sociedad de Beneficencia.

De este matrimonio nació nuestro héroe, en la ciudad de Buenos Aires, el 3 de junio de 1770, el que fué bautizado al día siguiente en la Catedral, con el nombre de Manuel Joaquín del Corazón de Jesús.

Cursó la enseñanza primaria al calor de los cuidados maternales y pasó luego al Colegio de San Carlos, donde, bajo la dirección competente del Dr. Luis José Chorroarin, realizó brillantemente todos los estudios superiores.

No teniendo aún diez y seis años; talentoso, perspicaz y denotando aptitudes y bellas disposiciones para el estudio, sus padres decidieron enviarlo a España.

Trasladóse, por tanto, en 1786, a la madre patria, matriculándose en la Universidad de Salamanca el 4 de noviembre del mismo año. Su contracción al estudio de las ciencias económico-sociales le valieron muy pronto ser nombrado miembro de su Academia.

Pasó desde allí a Valladolid, donde se graduó de bachiller el 28 de enero de 1789.

En 1790, siendo presidente de la Academia de derecho romano, práctica forense y economía política de la Real Universidad de Salamanca, solicitó y obtuvo permiso del Sumo Pontífice para leer libros prohibidos en la forma más amplia: "todos y cualesquiera libros de autores condenados — dice la licencia del Papa Pío IV — y aún de herejes, de cualquier manera que estuvieren prohibidos", a excepción de los tratados de pronósticos astrológicos con supersticiones y las obras que exprofeso trataran de asuntos obscenos. Esta amplia autorización y su estada en Madrid, en contacto con los sabios economistas de la época, abriéronle nuevos horizontes.

"Confieso (dice él mismo en su autobiografía) que mi aplicación no la contraje tanto a la carrera que había ido a emprender, como al estudio de los idiomas vivos, de la economía política y al derecho público, y que en los primeros momentos en que tuve la suerte de encontrar hombres amantes al bien público que me manifestaron sus útiles ideas, se apoderó de mí el deseo de propender cuanto pudiese al provecho general, y adquirir renombre con mis trabajos hacia tan importante objeto, dirigiéndolos particularmente a favor de la patria".

Durante su permanencia en la capital española, aplicóse al estudio de las ciencias sociales y particularmente a la economía política, con tanta pasión y provecho, que llegó a traducir un tratado de Economía Política, agregándole una docta introducción original, que le granjeó no sólo la estimación y amistad de los más distinguidos hombres de ciencia, sino que fué inscripto en una academia de economía política denominada "Santa Bárbara", que contaba en su seno, a la sazón, las más eminentes notabilidades españolas.

Para completar las nuevas ideas adquiridas en el estudio de Filangieri, Montesquieu, Rousseau y tantos otros, ocurrió uno de esos acontecimientos que transforman la sociedad e impresionan vivamente las inteligencias elevadas: la Revolución Francesa hizo concebir a Belgrano la esperanza de una aplicación práctica de sus estudios en su patria. "Como

en la época de 1789 me hallaba en España (dice en su autobiografía) y la revolución de la Francia hiciese también la variación de ideas y particularmente en los hombres de letras con quienes trataba, se apoderaron de mí las ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad, y sólo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese adonde fuese, no disfrutase de unos derechos que Dios y la naturaleza les habían concedido, y aún las mismas sociedades habían acordado en su establecimiento directa o indirectamente".

En 1793 volvió a Valladolid, en cuya Cancillería Real se graduó de abogado el 31 de enero de aquel año, regresando de inmediato a Madrid a reanudar su tarea de estudioso, consagrándose al mismo tiempo a perfeccionar el aprendizaje del inglés y del francés.

Nutrida el alma de sublimes y generosas ideas, con una aureola de prestigio sólida, fué nombrado el 6 de diciembre de 1793, Secretario perpetuo del Consulado, institución que se iba a crear en Buenos Aires, a pedido de los comerciantes de aquella ciudad y con el apoyo del virrey Arredondo.

No se limitó la manifestación con que se le quiso honrar a este hecho, sino que, como muestra de mayor confianza, le fué pedido que indicara los nombres de los candidatos para los varios Consulados que se crearían en diversos puntos de la América española.

Belgrano, con el alma llena de ilusiones sobre la alta misión que se le confiaba, dispues-

to a aplicar el rico caudal de ideas y los sanos propósitos que lo animaban en pro de su patria, se embarcó en Cádiz a principios de 1794.

II

El Consulado

Regreso de Belgrano a Buenos Aires. — Instalación del Consulado. — Memorias económico-sociales de Belgrano. —Monopolio y libre cambio. — La educación popular. — Propone que se establezca una compañía de seguros; que se funde una escuela práctica de Agricultura y otra de Comercio. — Fundación de la escuela de Naútica y de la academia de Dibujo. — Premios a la industria, al trabajo y al estudio. — Coopera en la fundación del primer periódico editado en el Río de la Plata. — Honores dispensados.

"Restituído Belgrano a Buenos Aires — dice B. Mitre, — sintióse circundado desde luego por una atmósfera simpática. Joven, rico y de bella presencia, todas las puertas se abrían a su paso. El prestigio de un viaje al viejo mundo, su instrucción variada, sus conocimientos en la música, su título de abogado, las consideraciones que había merecido en la metrópoli, y sus maneras afables y cultas, contribuyeron a darle un lugar distinguido en la sociedad y a ponerlo en relación con los jóvenes más inteligentes de la época.

Entre éstos, se ligó más íntimamente con Castelli, a quien comunicó su gusto por los estudios económicos, recibiendo en cambio los efluvios magnéticos de aquella alma de fuego, puesta en contacto con la suya. Estos

jóvenes debían pertenecer muy luego al número de los fundadores, los mártires, los campeones y los apóstoles de una nueva nación, cuya bandera había de ser enarbolada por Belgrano".

La cédula ereccional del Consulado de Buenos Aires fué expedida el 30 de enero de 1794. A la jurisdicción mercantil concedida iba unida la comisión de dedicarse a la economía política, impulsando la agricultura, fomentando la industria y protegiendo el comercio.

Se instaló con toda solemnidad, el 2 de junio de 1794, "bajo la protección del Poder Divino, por la intercesión de la Virgen María en su Purísima Concepción, Patrona de España e Indias, para que inspirase a su insuficiencia", como dejó escrito Belgrano de su propio puño.

La mayoría de los miembros que formaban la Junta eran comerciantes españoles y, a excepción de uno que otro, nadie sabía más que de su comercio monopolista. Fué este el primero y más grande obstáculo con que tropezó Belgrano. La doctrina del libre cambio, de la libertad de comercio, renovó la lucha contra el monopolio; lucha que había sostenido en otrora el comercio de Buenos Aires contra el Consulado de Lima.

No lo arredró este inconveniente y sostuvo con brillo y valentía las nuevas ideas. "El comerciante — decía — debe tener libertad para comprar donde más le acomode, y es

natural que lo haga donde se le proporcione el género más barato para poder reportar más utilidad".

El Consulado debía avocarse por entonces, el estudio de un problema que hacía varios años se discutía entre los monopolistas y los traficantes de negros. En noviembre de 1791 una real cédula había permitido nuevamente el tráfico de negros en Buenos Aires, con la franquicia para los buques extranjeros de poder exportar libremente frutos del país. Esta orden superior alarmó a los comerciantes, quienes veían en los buques negreros serios competidores.

Siendo los cueros el producto más valioso de exportación y el que mayores beneficios proporcionaba, se empeñaron en suprimir dicha franquicia, y el Consulado declaró por gran mayoría que "los cueros no eran frutos!".

Vencido Belgrano, por el número, en sus teorías libre cambistas, se dedicó a exponer y sostener calurosamente su doctrina en sus Memorias — uno de los deberes más importantes como Secretario del Consulado, — "ya que por las obligaciones de mi empleo podía hablar y escribir sobre tan útiles materias me propuse al menos, echar las semillas que algún día fuesen capaces de dar frutos, ya porque algunos estimulados del mismo espíritu se dedicasen a su cultivo, ya porque el orden mismo de las cosas las hiciese germinar".

El título de su primer trabajo publicado por orden y cuenta de la misma Junta es como sigue:

"Medios generales de fomentar la agricultura, animar la industria, proteger el comercio en un país agricultor. Memoria que leyó el Licenciado D. Manuel Belgrano, Abogado de los Reales Consejeros y Secretario de S. M. del Real Consulado de esta Capital, en la sesión que celebró la Junta de Gobierno el 15 de junio de 1796".

Manifiesta en ella que la agricultura "es la madre fecunda que proporciona todas las materias primeras que dan movimiento a las artes y al comercio", y expone algunas ideas sobre el adelantamiento de éstas.

Aconseja la protección al comercio libre y fustiga a los acaudalados e ignorantes monopolistas, estableciendo que no hay "más digno objeto de la atención del hombre que la felicidad de sus semejantes, que ésta se adquiere en un país cuando se atiende a sus circunstancias y se examinan bien los medios de hacerlo prosperar".

"La ciencia del comercio — dice — no se reduce a comprar por diez y vender por veinte; sus principios son más dignos y la extensión que comprenden, es mucho más de lo que puede suceder a aquellos que sin conocimiento han emprendido sus negociaciones, cuyos productos habiéndoles deslumbrado, los han persuadido de que están inteligenciados en ellos".

Propone en seguida los medios de protegerlo.

"Sea el primero una escuela titulada de comercio, donde los jóvenes vayan a instruirse en la aritmética, en el modo de llevar la cuenta y razón, y tener los libros; en el cálculo y regla de cambio; en las reglas de la navegación mercantil, de los seguros, etc., en el modo de establecer la correspondencia mercantil y mantenerla, en las leyes y costumbres usadas entre negociantes, etc., donde al menos se les enseñen los principios generales de la geografía y las producciones de que abundan o escasean los países, a fin de que con estos principios puedan hacer sus especulaciones con el mayor acierto posible y que si se dedican al comercio les proporcionen ventajas y adelantamiento que los empeñen al trabajo".

Aconseja que se establezca una compañía de seguros marítimos y terrestres; que se cree una escuela de náutica, base de nuestra marina mercante y "sin cuyos principios nadie pudiese ser patrón de lanchas en este río".

Sus ideas respecto a agricultura no son menos fecundas. Que se funde una Escuela Práctica de Agricultura con el objeto de estimular el cultivo racional de la tierra; que se premie la constancia al estudio en este sentido "franqueándoles instrumentos para el cultivo y animándolos por cuantos medios fuesen posibles"; proporcionándoles medios para adquirir una extensión de tierra y las semi-

llas necesarias para las primeras siembras, sin otra obligación que devolver igual cantidad; dando premios ya a aquellos que introdujeran un cultivo provechoso con arreglo al clima, ya a los mismos labradores que hicieran grandes plantaciones de árboles, etc.

Sus consejos sobre la conveniencia de poblar de bosques las vastas llanuras del país para preservarlas de grandes secas no son menos notables.

"No se debe menos atención a los montes. Es indispensable — decía — poner todo cuidado y hacer los mayores esfuerzos en poblar la tierra de árboles, mucho más en las tierras llanas, que son propensas a la sequedad cuando no son defendidas: la sombra de los árboles contribuye mucho para conservar la humedad, los troncos quebrantan los aires fuertes y proporcionan mil ventajas al hombre".

Pinta con sencillez y maestría la ignorancia y miseria de los habitantes de la campaña, proponiendo el remedio para aquel mal social.

"Uno de los principales medios que se deben aceptar a este fin — manifiesta — son las escuelas gratuitas, adonde pudiesen los infelices mandar a sus hijos, sin tener que pagar cosa alguna por su instrucción; allí se les podía dictar buenas máximas, e inspirarles amor al trabajo, pues en un pueblo donde no reine éste, decae el comercio y toma su lugar la miseria, las artes que producen la abun-

dancia que las multiplica después en recompensa, perecen, y todo en una palabra, desaparece cuando se abandona la industria porque se cree que no es de utilidad alguna. Para hacer felices a los hombres, es forzoso ponerlos en la precisión del trabajo con el cual se precave la holgazanería y ociosidad, que es el origen de la disolución de costumbres".

Y no terminan aquí sus miras de gran economista social. La educación de las mujeres le inspira también su atención, poniendo de manifiesto su importancia como agentes de producción y como medios para la transformación del ambiente social.

"Igualmente se deben poner escuelas gratuitas — dice — para las niñas, donde se les enseñará la doctrina cristiana, a leer, escribir, coser, bordar, etc., y principalmente inspirarles el amor al trabajo, para separarlas de la ociosidad, tan perjudicial o más, en las mujeres que en los hombres".

Propone, en consecuencia, que se funden escuelas para niñas, no sólo en los distintos barrios de la ciudad, sino también en todas las villas, donde se enseñe a hilar el algodón y la lana, proporcionándoles a la vez educación.

La segunda memoria anual fué leída el 9 de junio de 1797 y versó sobre: "Utilidades que resultarán a esta Provincia y a la Península, del cultivo del lino y cáñamo; modo de hacerlo; la tierra más conveniente para él; modo de cosechar estos ramos, y por último se

proponen los medios de contraerse a este ramo de la agricultura".

Aun hablando del cultivo del lino y del cáñamo, tendió siempre a levantar la condición moral y material de sus conciudadanos, y sobre todo de la mujer. "Ved aquí (la fabricación del lino) un recurso — manifiesta — para que trabajen tantos infelices, y principalmente el sexo femenino, sexo en este país, desgraciado, expuesto a la miseria y desnudez, a los horrores del hambre y estragos de las enfermedades que de ella se originan". Agregando que del bienestar de là mujer nacerá la reforma de las costumbres y se extenderá por toda la sociedad.

El 14 de junio de 1798 y con la presencia del virrey Antonio Olaguer Feliú, leyó su tercer memoria, que versó sobre: "El origen de la felicidad de estas Provincias es la reunión de los comerciantes y hacendados, a la par del premio y la ilustración general".

Esta memoria fué mandada imprimir por orden del virrey, "para que llegasen a conocimiento de todos tan útiles ideas".

Recuerda en ella que por orden real del 31 de marzo de 1797 el cuerpo consular se compone de hacendados y comerciantes, por partes iguales, demostrando la utilidad de la reunión de estas dos profesiones y el beneficio que reportará. "Es tal la dependencia mutua que tienen entre sí la agricultura y el comercio, que uno sin otro no pueden florecer. Consideremos un país agricultor dotado

por la naturaleza de toda la feracidad de que es susceptible la tierra; que en él se encuentran todas las producciones para satisfacer las primeras necesidades del hombre, y que al mismo tiempo vienen en él los ópimos frutos de que abundan las regiones del Universo y concedámosle aún más; sus habitantes son industriosos, saben cultivar por arte la tierra, y se hallan poseídos de tal modo del amor patriótico, que juzgan faltarle si consienten que el extranjero tenga proporción de traerle sus frutos, por no haber prevenido cualquiera necesidad por medio del trabajo: en una palabra, quieren ser independientes, y para ello sacrifican sus comodidades, tienen una vida menos que frugal, pues casi degenera en miseria, y ninguna cosa hay que los mueva a la correspondencia, ni comercio con sus vecinos. Quiero extenderme a más, y concederle que tiene todo lo necesario en fábricas, y que sus manufacturas de ningún modo pueden compararse con otra alguna por su finura y bellas cualidades. Pues este país, que al parecer del que no reflexiona, ni tiene conocimientos económicos, será el más feliz de la tierra; este país, digo, sin comercio será un país miserable y desgraciado. Si por algún tiempo florece, será tan pasajera su primavera que ni aún rastro quedará de sus felicidades, pues el negro Invierno de la mendicidad vendrá con sus nieves e hielos a destruir cuantas riquezas hubiese tenido. Su misma abundancia sería el azote más cruel que tu-

viese: ella lo pondría hidrópico con sus propias aguas, y no pudiendo darle salida, era indispensable que falleciese".

"La feracidad vendría a ser esterilidad, la industria se convertiría en holgazanería, y todo cambiaría sin el comercio'.

Las vulgares preocupaciones que hasta entonces habían impedido la realización de sus ideas librecambistas no pasan tampoco inadvertidas esta vez y las refuta y ataca en esta forma: "Muchos creen que si se concede entera libertad para la extracción de frutos, el país quedará pobre y miserable, y todo vendrá a ser caro, y se presenta a su imaginación un cuadro que lo hacen pasar a la de los otros, que avisionados contra todo lo nuevo, ponen en movimiento algunos resortes, que desgracian los proyectos más útiles".

Habla luego de los premios y el honor, estableciendo que "son los dos resortes más a propósito, para que no se adormezca el espíritu del hombre, en cualquier estado que estuviese".

No obstante la oposición sistemática de los miembros del Consulado a sus teorías, un buen número de sus iniciativas se llevaron a efecto. El comercio interior fué protegido, disminuyéndosele algunos gravámenes; se abrieron nuevas carreteras; se favoreció la navegación de los ríos; se mandó construir el muelle del puerto de Buenos Aires; se mandaron colocar faros y boyas luminosas con el fin de facilitar el comercio marítimo.

Se establecieron premios generales al trabajo, a la industria y al estudio, cuyas bases fueron proyectadas por Belgrano, entre ellos: al labrador que introdujese un cultivo provechoso con arreglo al clima y circunstancias de la provincia en que lo ejecute; al que estableciese un huerta y monte de árboles útiles en el puerto de la ensenada de Barragán; al que indicara el medio que podría adoptarse para hacer grandes plantaciones de árboles útiles en la jurisdicción de esta Capital sin necesidad de poner cercos; al que manifestara el modo de tener aguadas permanentes en la campaña; al que indicara cómo preservar los cueros de la polilla; a la mejor monografía sobre el estado económico-social de cualquiera de las provincias del Virreinato.

A iniciativa de Belgrano acordó también la Junta dos premios a las niñas huérfanas del Colegio de San Miguel que presentaran "una libra de algodón más bien hilado, igual, delgado y pastoso".

Abogó y consiguió que se estableciera una "Escuela de geometría, arquitectura, perspectiva y toda clase de dibujo".

El 25 de noviembre de 1799 se inauguró la Academia de Náutica, cuyo reglamento proyectó Belgrano y aprobó la Junta.

A poco andar las dos escuelas fueron refundidas en un mismo local, un salón cedido por el Consulado, contiguo a la secretaría.

Después de varios años de vida próspera, cuando ya se comenzaban a cosechar los fru-

tos de estas obras, llegaron reales órdenes terminantes de clausura de los dos establecimientos de "mero lujo", reprobando severamente el proceder del Consulado al permitir su funcionamiento.

En 1801 cooperó en la fundación del primer periódico que se editó en el Río de la Plata: el "Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiógrafo del Río de la Plata", dirigido por José Antonio Cabello. Más tarde apareció el "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio", donde se desarrollaron las ideas popularizadas por Belgrano en sus Memorias económicas.

"Otros varios objetos de utilidad y necesidad promoví — dice en su autobiografía — que a poco más o menos tuvieron el mismo resultado, y tocará al que escriba la historia consular dar una idea de ellos; diré yo por lo que hace a mi propósito, que desde el principio de 1794 hasta julio de 1806 pasé mi tiempo en igual destino, haciendo esfuerzos impotentes a favor del bien público; pues todos, o escollaron en el gobierno de Buenos Aires, o en la corte, o entre los mismos comerciantes".

De su inteligente actividad, de sus nobles iniciativas, de la estimación, de la gratitud pública da cuenta el pedido colectivo formulado, el 4 de febrero de 1806, por el cuerpo consular al rey, que dice así:

"Llevamos nuestras súplicas al S. R. P. para premiar al secretario de este real Con-

sulado, por su distinguido mérito, desempeño y atención eficaz a cuanto puede decir a la felicidad de estos dominios; pero como estas súplicas permanecerían en silencio, y por consiguiente el premio merecido quedaría sin aquellas distinciones que lo hacen valer, suplicamos a V. R. M. se digne concederle los honores de su secretario, para que añadiendo estímulos a la dedicación de sus trabajos, fomente las buenas ideas con el celo que hasta aquí".

III

Las invasiones inglesas

Primera invasión inglesa. — Belgrano milita en un batallón por vez primera. — Se resiste a jurar fidelidad al invasor y emigra. — La reconquista. — Regresa a su patria. — Es nombrado sargento mayor de la legión de patricios. — Segunda invasión. — Actividad desplegada por Belgrano.

Corría el año 1806. La ruptura de hostilidades entre España e Inglaterra se hizo efectiva. El genial Pitt, que dirigía a la sazón los destinos del pueblo inglés, posó sus miras sobre las colonias españolas de América y a poco un ejército británico, al mando de Carr Berresford, invadió el Virreinato del Río de la Plata, desembarcando en Quilmes el 25 de junio de aquel año.

Mientras tanto, Buenos Aires se aprestaba para oponerse al invasor. Belgrano, que había sido nombrado el 7 de marzo de 1797 capitán de milicias urbanas de infantería— empleo honorífico que aceptó "más por capricho que por inclinación a la carrera militar", — y que fué confirmado en el cargo el 9 de junio de 1806 por el virrey Sobremonte, con el encargo de organizar una compañía de caballería, acudió a aquel llamado de honor.

Organizáronse varias compañías y pasó a

ocupar su puesto en una casa sita sobre la Barranca de Marcó. Después de los primeros disparos y ante el avance del enemigo, recibieron orden de replegarse hacia la ciudad. Tal fué su bautismo de fuego.

El 27 de junio los ingleses entraron triunfantes en Buenos Aires. Sintióse entonces atormentado al ver a su patria en poder de extraños. "Mayor fué mi vergüenza cuando vi entrar las tropas enemigas, y su despreciable número para una población como la de Buenos Aires. Esta idea no se apartó de mi imaginación, y poco faltó para que me hubiese hecho perder la cabeza. Me era muy doloroso ver a mi patira bajo otra dominación, y sobre todo, en tal estado de degradación que hubiese sido subyugada por una empresa aventurera, cual fué la del bravo y honrado Berresford, cuyo valor admiro y admiraré siempre en esta peligrosa empresa".

Todos los miembros que constituían las autoridades españolas juraron obediencia al invasor. Sin embargo, Belgrano, Secretario perpetuo del Consulado, rehusó reconocer la nueva autoridad y prefirió emigrar antes que prestar juramento de fidelidad.

Desde Capilla de Mercedes, en la Banda Oriental, donde había ido a vivir, se dedicó a procurar la reconquista de la patria. Aprestábase a incorporarse a las tropas expedicionarias, cuando tuvo conocimiento del éxito alcanzado por sus compatriotas el 12 de agosto.

Regresó a Buenos Aires a engrosar las filas del ejército que se organizaba para la defensa de la ciudad, y el 8 de octubre de 1806 fué electo sargento mayor de la legión de patricios, de la cual había sido designado comandante don Cornelio Saavedra.

La patria subyugada por un puñado insignificante de aventureros, las afrentas sufridas, la estada de la escuadra inglesa en el Río de la Plata, verdadera espada de Damocles, influyeron poderosamente en el ánimo de Belgrano y se dedicó desde ese momento, con todo empeño, a estudiar el arte de la guerra.

La escuadra inglesa, al mando del general Auchmuty, intentaba por entonces apoderarse de Montevideo y el gobernador de aquella ciudad, ante tal amenaza, solicitaba el envío de tropas. Se resolvió enviar una expedición al mando de Liniers. En esta ocasión Belgrano solicitó permiso para formar parte de ella, pero su comandante Saavedra manifestó que su salida importaba la disolución de la legión patricia, por lo cual se resolvió no acceder a su pedido. Tal era el ascendiente que había adquirido ya entre sus compatriotas.

Los ingleses, dueños de aquel punto estratégico, iniciaron una campaña pacifista fundando un diario, escrito en inglés y castellano, titulado "Estrella del Sur", órgano encargado de diseminar por todo el Virreinato la situación desastrosa de España y sembrar "los gérmenes fecundos de la independencia y

libertad", hechos precursores de la conquista por medio de las armas, que preparaban.

El 15 de febrero de 1807, a raíz de algunas disidencias surgidas en el batallón de patricios, solicitó a Liniers se lo sustituyera en el cargo de sargento mayor, por cuanto las tareas de Secretario del Real Consulado no le permitían contraerse con la atención que el puesto merecía, "en la inteligencia de que V. S. me hallará dispuesto — decía en su nota, — caso de invasión de enemigos, para servir con el grado de capitán de urbanos que tenía antes de la creación de los terciarios voluntarios que hoy forman el ejército para la defensa de la capital".

El 28 de junio desembarcó en las inmediaciones de la ensenada de Barragán, el nuevo ejército inglés e inició su marcha sobre la ciudad.

De acuerdo con su declaración salió a campaña, a las órdenes y como ayudante del coronel César Balbiani, segundo jefe del ejército.

Asistió a su jefe en la retirada hasta la colocación de los cañones en la plaza; tuvo a su cargo la apertura de la trinchera de la calle San Francisco para la mejor defensa de aquélla y se le destinó luego a organizar la resistencia en las calles inmediatas a Santo Domingo, "donde ha acreditado su presencia de espíritu y nociones nada vulgares con el mejor celo y eficacia — dice Balbiani — para la seguridad de la plaza, ha-

llándose en ellos hasta la rendición del general Crawford con su plana mayor y el resto de la columna a su mando abrigada en el convento de dicho Santo Domingo".

Después de una heroica resistencia, donde se hicieron prodigios de valor, los ingleses capitularon, abandonando por segunda vez y para siempre el territorio, el 6 de julio de 1807.

IV

Vocal de la Junta Gubernativa

Los sucesos españoles de 1808. — Ideas de Belgrano sobre la independencia. — Insiste sobre sus ideas libre-cambistas. — Belgrano se traslada a la Banda Oriental. — Su regreso. — El periódico "Correo de Comercio de Buenos Aires". — La "Sociedad de los Siete". — Actividades que despliega. — La Revolución de Mayo. — Belgrano, vocal de la Junta Gubernativa.

España hallábase en 1808 bajo la dominación de Napoleón, quien trataba de apoderarse a la vez de sus codiciadas colonias del Río de la Plata. A este fin envió un emisario diplomático que llegó a Buenos Aires el 13 de agosto de 1808 y fracasó en su misión. La contestación a tan audaz empresa fué la solemne jura de obediencia al rey Fernando VII, el 21 de agosto, sosteniendo que no dependían de España, sino de su monarca, y que en su ausencia considerábanse desligados de todo otro poder extraño.

Las ideas esparcidas por los ingleses en el periódico "Estrella del Sur", los recientes triunfos sobre un enemigo superior y los giros que iban tomando los sucesos españoles en Europa, inspiraron a los patriotas el primer plan de independencia. La sustitución de la monarquía absoluta por una monarquía constitucional y la proclamación de la princesa

doña Carlota Joaquina de Borbón, hermana del rey Fernndo VII, para ocupar el trono. Tal fué el primer plan político que forjó Belgrano.

Estas ideas fueron secundadas por muchos patriotas, como el medio más fácil para alcanzar la independencia pacíficamente, y se lo autorizó para que iniciara las negociaciones en ese sentido. "Bajo la dirección de Belgrano — dice Mitre — el partido de la Carlota se propagó rápidamente hasta los pueblos interiores, burlando la vigilancia de los mandatarios españoles. Para formar la opinión a este respecto, Belgrano escribió en aquella época un "Diálogo" entre un español americano y otro europeo, que tuvo su influencia en los progresos de la opinión. Al mismo tiempo sostenía una correspondencia activa con la Carlota, con el objeto de decidirla a que se trasladase al Río de la Plata, sin que pudiera arribar a ningún arreglo definitivo en el espacio de un año que continuó la negociación: desde 1808 a 1809".

Belgrano perseveraba a la vez en sus ideas de comercio libre y en tal sentido consiguió persuadir a Liniers. El reemplazo inesperado de éste por el virrey Cisneros hizo fracasar este proyecto. Desanimado y enfermo se trasladó a la Banda Oriental con el propósito de restablecerse.

Durante su ausencia, Cisneros había hecho algunas concesiones con respecto al comercio libre y, deseando captarse la simpatía del gru-

po de patriotas más influyentes, promovió la fundación de un periódico redactado por ellos.

Por esta época había regresado Belgrano a Buenos Aires. "Todos se fijaron en Belgrano — escribe Mitre — para realizar el pensamiento del virrey, explotándolo en el sentido de los intereses del país. Su reputación de hombre de letras y su experiencia en este género de publicaciones, le llamaban naturalmente a dirigir esta nueva empresa político-literaria, que era una continuación de los trabajos en favor del comercio libre, de la industria, de la agricultura, de la educación pública, de la independencia y de la libertad a que desde 1794 se había consagrado, con inteligencia y perseverancia".

Aquel incansable patriota inició su labor y el 3 de marzo de 1810 apareció el primer número del periódico "Correo de Comercio".

"Estas eran mis ocupaciones — manifiesta en su autobiografía — y el desempeño de las obligaciones de mi empleo, cuando habiendo salido por algunos días al campo en el mes de mayo, me mandaron llamar mis amigos a Buenos Aires, diciéndome era llegado el caso de trabajar por la patria para adquirir la libertad e independencia deseada; volé a presentarme y hacer cuanto estuviese a mi alcance".

España había sido sometida por los ejércitos de Napoleón, su rey destronado, la Junta Central de Cádiz refugiada en la isla de León

y por lo tanto desaparecido su soberanía. América iba a regir sus propios destinos.

Ante estos hechos, Belgrano escribió el 19 de mayo de aquel año, un artículo en el "Correo de Comercio", titulado: "Causas de la destrucción o de la conservación y engrandecimiento de las naciones", en que incitaba a todos a la concordia, base para el buen éxito de toda empresa.

"La Historia misma de nuestra Nación — decía, — en la época que estamos corriendo, nos presenta más de una prueba de que la desunión es el origen de los males comunes en que estamos envueltos, y que nos darán muchos motivos para llevarlos, mientras existamos, aun logrando salir victoriosos de la lucha gloriosa en que se halla nuestra España Europea".

... ...

"Por el contrario, la unión ha sostenido a las Naciones contra los ataques más bien meditados del poder, y las ha elevado al grado de mayor engrandecimiento; hallando por su medio cuantos recursos han necesitado, en todas las circunstancias, o para sobrellevar los infortunios, o para aprovecharse de las ventajas que el orden de los acontecimientos les ha presentado".

"Ella es la única capaz de sacar a las Naciones del estado de opresión en que las ponen sus enemigos; de volverlas a su esplendor, y de contenerlas en las orillas del precipicio".

"La unión es la muralla política contra la cual se dirigen los tiros de los enemigos exteriores e interiores; porque conocen que arruinándola, está arruinada la Nación; venciendo por lo general el partido de la injusticia, y de la sinrazón a quien, comúnmente, lo diremos más bien, siempre se agrega el que aspira a subyugarla".

"Por lo tanto, es la joya más preciosa que tienen las Naciones. Infelices aquellas que dejan arrebatársela, o que permitan, siquiera, que se les descomponga; su ruina es inevitable, y lo peor es que se hace imposible recuperarla, o si se consigue, es padeciendo las convulsiones más violentas y los males más penosos".

... ...

"La unión es un valor inestimable en una Nación para su general y particular felicidad; todos sus individuos deben amarla de corazón, y pensar y hablar de ella como de la égida de su seguridad: cualesquiera que así lo ejecute, no importa que le falten grandes recursos; con la unión hallará los medios de suplir su escaceses; con la unión se sostendrá; con la unión será respetable; con ella al fin se engrandecerá".

"En su dirección — dice Mitre — desplegó Belgrano mucho tino, gran prudencia, cierto caudal de ideas y de conocimientos prácticos, a la vez que un espíritu metódico, sagaz y perseverante".

Por otra parte, las reuniones que realizaba

un grupo de patriotas que se denominó "Sociedad de los Siete", agrupación a la que pertenecieron en su iniciación: Belgrano, Rodríguez Peña, Paso, Agustín Donado, Alberti, Castelli y Vieytes, contribuyeron a minar los cimientos del poder colonial.

Y la revolución estalló pacíficamente, fatalmente, sin violencias ni persecuciones, "como la marea que sube impulsada por una fuerza invisible y misteriosa, obedeciendo a las eternas leyes de la atracción".

El pueblo libre, ejercitando su soberana voluntad, proclamó el 25 de mayo de 1810, la Junta Gubernativa del Río de la Plata, de la cual fué vocal Belgrano.

"Apareció una Junta de la que era yo vocal, sin saber cómo ni por dónde, en la que no tuve poco sentimiento. Pero era tan preciso corresponder a la confianza del pueblo y me contraje al desempeño de esta obligación, asegurando, como aseguro a la faz del universo, que todas mis ideas cambiaron, y ni una sola concedí a un objeto particular, por más que me interesase: el bien público estaba a todos instantes a mi vista" — escribe Belgrano.

El 4 de julio la Junta provisional de gobierno, atenta a sus antecedentes, lo nombra Presidente de la Junta de Montepío de ministros de justicia y real hacienda, que estaba acéfala.

V

Expedición al Paraguay

Organización de las fuerzas expedicionarias. — Fundación de Curuzú-Cuatiá y Mandisoví. — Inicia su campaña sobre el Paraguay. — Campichuelo. — Paraguary. — Tacuarí. — Armisticio de Tacuarí. — Diplomacia de Belgrano.

La Junta Gubernativa desplegó grandes actividades desde el primer momento, a fin de salvar los supremos deberes y responsabilidades asumidos.

"Belgrano — dice Mitre, — reanudando sus antiguas tareas, promovía en el gobierno la creación de una Academia de Matemáticas para ilustrar a los militares, la que se estableció en el mismo salón del Consulado, donde antigüamente había organizado su Escuela de Náutica y su Academia de Dibujo. Belgrano, nombrado protector de ella, decía en su discurso inaugural: "En este establecimiento hallará el joven que se dedica a la honrosa carrera de las armas, por sentir en su corazón aquellos afectos varoniles, que son los introductores al camino del heroísmo, todos los auxilios que puede suministrar la ciencia matemática, aplicada al arte mortífero, bien que necesario de la guerra".

Mientras tanto, la Junta dedicaba preferente atención a propagar las ideas revolucionarias por todo el Virreinato, incitando a seguir el ejemplo de Buenos Aires, para cimentarlas sobre sólidas bases.

Entre las excepciones a aquel llamado de libertad e independencia contóse a la Banda Oriental y al Paraguay, constituyendo, sobre todo la primera, un peligro para la existencia de la revolución.

El 4 de septiembre de 1810, la Junta nombró al vocal don Manuel Belgrano, general en jefe de las fuerzas expedicionarias destinadas a la Banda Oriental; resolvióse extenderla luego a Santa Fe, Corrientes y al Paraguay, por último se dispuso dirigirla a esta última provincia.

Partió Belgrano de Buenos Aires, al frente de 200 hombres, en dirección a San Nicolás de los Arroyos, donde llegó el 28 de septiembre. Allí se hizo cargo del cuerpo de Caballería de la Patria, formado por tropas mal adiestradas y pertrechadas con un armamento defectuoso.

No obstante estos inconvenientes, el 29 de septiembre, salió hacia Santa Fe.

Al pasar por Durán vió "con sentimiento que todavía se enterraba en las iglesias", razón por la que dirigió una nota a la Junta a fin de desterrar esa antigua costumbre.

En Santa Fe observó la vagancia infantil y la despreocupación paterna y de las

autoridades. Envió un oficio al Cabildo solicitando que arbitrara "los medios que le dicte la prudencia para que no se distraigan los estudiantes de las aulas, a que por su tierna edad deben dedicarse con intervención de sus padres, a quienes llamará a la mayor brevedad, para amonestarlos, con el objeto de que no separen a sus hijos de una instrucción que es tan propia y de tanto provecho para la juventud".

Estos hechos demuestran su preocupación constante por la educación popular, piedra angular del bienestar de la sociedad.

A principios de octubre cruzó el río y llegó a la Bajada del Paraná, punto de concentración de las tropas expedicionarias.

Muchos fueron los que ofrendaron a la patria. Es de señalar aquí, el de doña Gregoria Pérez, quien ponía a disposición de Belgrano "sus haciendas, casas y criados desde el río Feliciano hasta el puesto de las Estacas". Por su parte, Belgrano contestóle: "Usted ha conmovido todos los sentimientos de ternura y gratitud de mi corazón, al manifestarme los suyos, en su papel de ayer, tan llenos del más generoso patriotismo y de afecto a la otra representación que me caracteriza, no menos que a mi persona".

"La excelentísima Junta leerá las expresiones sinceras de usted y estoy cierto que la colocará en el catálogo de los beneméritos de la patria, para ejemplo de los pobladores que la miran con frialdad".

Organizó Belgrano su ejército y se puso en marcha a fines de octubre, llegando hasta Curuzú-Cuatiá, donde estableció su campamento.

El 16 de noviembre de 1810 fundó en aquel lugar el pueblo de "Nuestra Señora del Pilar de Curuzú-Cuatiá" y el de Mandisoví "atendiendo a los muy distinguidos méritos y servicios que han contraído los vecinos de esta jurisdicción, en las varias ocasiones que han sido ocupados a beneficio de la causa pública y del Estado, acreditando su valor y patriotismo en todas las acciones de guerra que contra la patria han promovido los enemigos".

Mandó delinear las calles a medios vientos por el piloto don Domingo Brugus; señaló una cuadra cuadrada para cementerio; ordenó que con el producto de la venta de tierras se formase un fondo para el fomento de escuelas; proveyó todo lo necesario al orden y a la seguridad de sus habitantes; se obligó a los estancieros de la jurisdicción que tuvieran casa en el pueblo, pues, "no podía ver sin dolor que las gentes de la campaña viviesen tan distantes unas de otras lo más de su vida, o tal vez en toda ella estuviesen sin oir la voz del pastor eclesiástico, fuera del ojo del juez, y sin un recurso para lograr alguna educación". Sin descuidar sus deberes militares iba sembrando a lo largo de la ruta los beneficios de la civilización.

Despuntó el Payubre y el 20 de noviembre llegó al río Corrientes, el que atravesó por el paso de Caaguazú. Salvó los innumerables esteros que desaguan en la laguna de Iberá y llegó frente a la isla de Apipé, sobre el Paraná, el 4 de diciembre, después de soportar las penurias de una marcha entre bañados y lagunas, con fuertes calores y grandes lluvias.

Expidió allí una proclama a los pueblos de las Misiones, anunciándoles que acudía a restituirles los derechos de libertad y demás garantías. Desde aquel punto se dirigió a Candelaria (hoy Posadas), donde estableció su cuartel general.

Mientras trataba de vencer no pocos obstáculos para organizar la dificilísima empresa de cruzar el Paraná, escribía con fecha 6 de diciembre al obispo del Paraguay, al Cabildo de la Asunción y al gobernador don Bernardo de Velazco, invitándolos a resolver pacíficamente la misión que llevaba. "Traigo la persuasión y la fuerza conmigo, y no puedo dudar que V. S. admita la primera — decíale al gobernador, — excusando la efusión de sangre entre hermanos, hijos de un mismo suelo y vasallos de un mismo rey".

No obstante los buenos oficios interpuestos, fracasaron las negociaciones, y el 19 de diciembre el ejército patriota desembarcó en la orilla opuesta del Paraná, en un claro del bosque ribereño, llamado Campichuelo, y atacó a los paraguayos, obligándolos a retirar-

se. El combate de Campichuelo fué el bautismo de fuego de aquel ejército y su resultado satisfactorio infundió confianza y retempló los espíritus.

La columna expedicionaria avanzó lentamente en las selvas, atravesando esteros y arroyos, hasta ubicarse en las orillas del Tacuarí, donde esperó los refuerzos de tropas solicitados. Belgrano se ocupó entre tanto en cumplir la promesa hecha a los pueblos misioneros y dictó un Reglamento el 30 de diciembre, en el que se reconocía a los nativos todos los derechos civiles y políticos; se les restituía sus propiedades; no abonarían ni tributo ni impuesto alguno por el término de diez años; se les concedía la libertad de comercio; quedaban habilitados para ocupar cualquier empleo civil, político, militar o eclesiástico; organizaba la administración de justicia; proveía a la conservación de los yerbales y disponían que en cada pueblo se formara un fondo permanente destinado al establecimiento de escuelas primarias. Comunicó esta reglamentación al gobernador de Corrientes, bajo cuya jurisdicción colocaba estos pueblos, y a los pueblos mismos.

El 11 de enero avanzó por uno de los pasos del Yuquerí y desde el cerro Mbaé o cerro del Fantasma observó Belgrano las fuerzas y la posición de las tropas enemigas. Sin amilanarse por la superioridad numérica del enemigo, el 19 de enero, sin esperar la incorporación de las milicias de Rocamora y otras

fuerzas dejadas en los pasos del Paraná, inició el avance contra las tropas establecidas en Paraguary, consiguiendo dispersarlas. La imprudente persecusión de los dispersos malogró las ventajas del primer momento, pues las fuerzas de la reserva atacaron las avanzadas patriotas y lograron vencerlas.

"Antes de abandonar aquel campo — dice Mitre, — en el que se había creído vencedor, escribió el parte de la batalla, que terminaba con estas palabras: "Saldremos dentro de dos horas para volver por el camino que trajimos. Mi ánimo es tomar un punto fuerte en la Provincia, en donde pueda fortificarme hasta mejor tiempo y hasta observar el resultado de las medidas que medito, para que se ilustren estos habitantes acerca de la causa de la libertad que hoy miran como un veneno mortífero, todas las clases y todos los estados de la sociedad paraguaya".

Emprendió la retirada, atravesó el río Tebicuary y estableció su campamento en Santa Rosa, a fines de enero de 1811. Recibió allí la noticia de su nombramiento de Brigadier General. No considerándose seguro en este punto atravesó el Aguapey y el Tacuarí, acampando en la margen izquierda de este último. En esta situación esperó reorganizarse, contando también con que el elemento nativo sacudiría el yugo.

El 9 de marzo fué atacado por numerosas fuerzas y después de una heroica resistencia, donde perdió la mitad de sus tropas, y en una

situación crítica, le intimaron rendirse, pero prefirió morir antes que hacerlo.

Reunió las pocas tropas que le quedaban y en un esfuerzo supremo, donde la fuerza moral se sobrepuso a la fuerza física, llevó a la lid a aquel grupo de aguerridos combatientes y consiguió repeler al enemigo. Este hecho dióle ocasión de enviar, a su vez, un parlamentario al jefe paraguayo, manifestándole en nombre del representante de la Junta "que las armas de Buenos Aires habían ido a auxiliar y no a conquistar el Paraguay; pero que, puesto que rechazaban con la fuerza a sus libertadores, había resuelto evacuar la provincia, repasando el Paraná con su ejército, para lo cual proponía una cesación de hostilidades que contuviese para siempre la efusión de sangre entre hermanos". El general Cabañas aceptó la proposición, con la condición de que la cesación de hostilidades fuese perpetua y que se pondría en marcha al día siguiente, 10 de marzo.

El ejército patriota, de acuerdo con lo estipulado, se puso en marcha en la madrugada del día fijado. Al llegar a la línea paraguaya desfilaron en columna de honor al son de tambores y trompetas, mientras aquéllas presentaban armas, rindiendo así justo homenaje al valor y nobleza. El general Cabañas salió al encuentro de Belgrano, ambos echaron pie a tierra y se abrazaron por largo rato. Reiteró éste verbalmente los propósitos de su misión y le entregó sesenta onzas de oro para que

fuesen distribuídas entre las viudas y huérfanos de los caídos en las jornadas pasadas. El general Cabañas aceptó conmovido el donativo. Obsequióle también el general patriota, para que conservase como un recuerdo de los sentimientos amistosos que siempre lo habían animado, su magnífico reloj de oro.

Reanudada la marcha, Belgrano fué acompañado más de una legua por el general paraguayo y su estado mayor. Y los dos jefes se despidieron con un nuevo y prolongado abrazo.

Los restos del ejército patriota repasaron el Paraná a fines de marzo.

Si como campaña militar no tuvo el éxito esperado, como empresa política, sus resultados fueron excelentes, pues las ideas sembradas por Belgrano, no tardaron en germinar y dar sus frutos.

VI

Campaña de la Banda Oriental

Belgrano es designado para dirigirla. — Iniciación de la campaña. — Estalla en Buenos Aires un movimiento revolucionario. — Belgrano es separado de su puesto. — Su procesamiento. — Triunfo de la revolución paraguaya. — Su absolución en el juicio seguido. — Belgrano y Echeverría son enviados en misión diplomática ante el Paraguay.

El movimiento revolucionario había trascendido más allá de los confines del Virreinato y pocos eran los focos que sostenían la reacción realista. Entre ellos era de señalarse a Montevideo, sindicado como el centro más fuerte en este sentido.

Don Francisco Javier Elío había sido designado recientemente gobernador, y su intimación a la Junta Gubernativa para que se le reconociera como tal, fué seguida por la ruptura de hostilidades, declarando "rebelde y revolucionario al gobierno de Buenos Aires y traidores a los individuos que lo componían", así como a todos los que lo sostuvieran.

La Junta nombró el 7 de marzo, general en jefe a Belgrano, ordenándole que con sus tropas y un refuerzo que se le enviaba, atravesara el Uruguay e iniciara una enérgica

campaña contra los realistas de la Banda Oriental.

El 4 de abril llegó Belgrano a Concepción del Uruguay, y al tener conocimiento de su llegada a ese punto, los pueblos de la margen izquierda levantáronse para sostener los principios sustentados por los patriotas. Belén fué la primera, Capilla de Mercedes siguió y tras ella las demás poblaciones se pronunciaron. Los realistas se concentraron en la Colonia y en Montevideo, protegidos por las fuerzas navales.

Belgrano cruzó el Uruguay y estableció su cuartel general en Mercedes, después de haberse impuesto a los caudillos que habían surgido en aquel alzamiento general. Establecida la necesaria armonía a fin de realizar una acción concordante, con un ejército de más de tres mil hombres, bien disciplinados y aguerridos, inició las operaciones. Envió a su ayudante don Manuel Artigas para que insurreccionase el norte de la campaña oriental; encomendó a don José Artigas el alzamiento del centro para estrechar a Montevideo y despachó a don Venancio Benavídez para que se dirigiera sobre la Colonia. La ocupación de Minas, Maldonado, Canelones, los dos triunfos de San José y la toma de Colla fueron los resultados inmediatos de esta campaña. Belgrano no se despreocupó de sus relaciones con los países limítrofes y en tal sentido seguía entendiéndose con Yegros y Cabañas del Paraguay y con el jefe de las fuerzas portuguesas

situadas en la frontera, a fin de evitar los auxilios que Elío pudiera solicitarles.

La antipatriótica asonada que estalló el 5 y 6 de abril operó un cambio en el gobierno que obligó a Belgrano a abandonar el mando, llamándole a dar cuenta de su conducta. "Quiere el pueblo — dice la petición que se registra bajo el número 13 — que el vocal don Manuel Belgrano, general de la expedición destinada al auxilio de nuestros hermanos los paraguayos, sea llamado y comparezca inmediatamente en esta Capital a responder a los cargos que se le formen".

Todo le invitaba a desobedecer dicha orden, ya que contaba con la adhesión de los jefes orientales, el afecto de las poblaciones y hasta con el ejército vencedor en Suipacha al mando de Balcarce y Castelli, que le eran adictos.

"Tuve mis impulsos — dice en su contestación a la Junta — de obedecer y no cumplir la orden de V. E., fecha 19 del pasado, que recibí a las 8 de la noche: ya por las relaciones con el Paraguay, ya con los portugueses, ya con esta campaña y varias otras que había emprendido con los mismos enemigos; pero el que no se graduase de ambición la falta de cumplimiento por los que hayan movido al pueblo para que se me llame inmediatamente a responder los cargos que se me formen, y tal vez se provocase un nuevo movimiento, que a costa de todo sacrificio se debe evitar, me estimuló a expedir mis órde-

nes en aquella misma noche, que mandé abiertas a don José Rondeau, para que se le reconociese por general del ejército al tiempo de emprender mi marcha al amanecer de este día, y evitar las reclamaciones que con sólo las noticias había entreoído, quitando así de la vista mi persona, que habría podido acalorarlas: pues mis intenciones jamás fueron exponer la patria al más mínimo vaivén, sino trabajar para que con la unión logre concluir con sus enemigos y establecer su sabio gobierno, si es posible, en el seno de la tranquilidad".

Los pueblos orientales y el ejército, hondamente conmovidos, elevaron al nuevo gobierno sus reclamaciones ante el craso error que se cometía al relevar a tan prestigioso jefe. Los vecinos del pueblo de Mercedes decían en su nota: "¿Qué podríamos temer teniendo al frente a su digno jefe don Manuel Belgrano? Nada; su nombre era pronunciado con respeto hasta por nuestros mismos contrarios; Montevideo, que en sus papeles públicos tantas veces le había publicado derrotado y preso por los paraguayos, confesaba tácitamente que no podía soportar sin susto su cercanía; los portugueses le respetaban; el Paraguay le temía: nuestras tropas tenían puesta su confianza, y este numeroso vecindario descansaba en sus sabias disposiciones, con tanto mayor gusto cuanto que habíamos empezado a sentir sus favorables resultados. Desde que se ausentó el señor Belgrano no ha

dejado de representarnos nuestro corazón, que en un tiempo en que la libertad bien entendida es la divisa de los americanos, éramos reos de lesa patria si por una cobarde timidez no exponíamos la necesidad tan grande en que nos hallamos de tener a nuestro frente un hombre de representación, valor y demás bellas cualidades que adornan al señor Belgrano. Su presencia es uno de los objetos más interesantes para llenar nuestros vastos designios".

Por su parte, los jefes y oficiales de las fuerzas no permanecieron indiferentes. "Los oficiales del ejército patriótico que habiéndonos reunido para la defensa de este territorio — decía la nota, — tanto por el bien particular que de ello resulta como por el general de la sagrada causa que sostenemos, hacemos presente que es muy precisa la persona del señor vocal Manuel Belgrano, a quien consideramos los necesarios conocimientos para terminar la cuestión de los enemigos de la patria y del bien común. Nuestros contrarios le temen y le quieren por su rectitud".

Belgrano llegó a Buenos Aires pocos días después del primer aniversario de la revolución de Mayo. Sentado en el banco de los acusados, el proceso fué la ocasión de un verdadero triunfo.

La revolución del Paraguay, triunfante en ese momento, era el resultado fecundo de su campaña y la mejor defensa del héroe de Tacuarí.

Aquel suceso hizo pensar en Belgrano como el hombre más indicado para iniciar negociaciones diplomáticas, y el 1 de agosto fué nombrado representante ante aquel país. Nuestro héroe presentó de inmediato su renuncia, por cuanto no había sido aún resuelta la acusación que pesaba sobre él. "Renuncio a todos los trámites; fío mi defensa a la correspondencia que he tenido con V. E.; la dejo a las declaraciones de cuantos han presenciado mi conducta, sean los que fueren, castigados o no por mí: tal es la confianza que tengo de haber procedido según mi obligación". Y el 9 de agosto de 1811 se declara "que el general don Manuel Belgrano se ha conducido en el mando de aquel ejército, con un valor, celo y constancia dignos del reconocimiento de la patria; en consecuencia, queda repuesto en los grados y honores que obtenía".

Después de esta declaración aceptó la misión diplomática y fué asociado a ella, con el mismo carácter, el doctor Vicente Anastasio Echevarría. Los comisionados llegaron a fines de septiembre a la Asunción, donde iniciaron sin pérdida de tiempo sus actividades. El Paraguay, bajo la tiranía del Dr. Francia, se desligó política y económicamente del Virreinato del Río de la Plata, y los dos comisionados, dilucidado el problema en esa forma, regresaron a Buenos Aires.

VII

La bandera argentina

Belgrano es designado jefe del regimiento de patricios. — Rasgo de patriotismo y desinterés. — Sublevación de los patricios. — Medidas disciplinarias. — Belgrano es enviado a Rosario. — Adopción de la escarapela celeste y blanca. — Creación de la bandera argentina. — General en jefe del ejército del Alto Perú.

Al regresar del Paraguay, Belgrano fué nombrado jefe del regimiento de Patricios y dió muestra de su patriotismo y desinterés renunciando a la mitad de su sueldo. El gobierno, ante tal actitud, contestóle en la siguiente forma: "El contribuir todo ciudadano con su fuerza moral y física a los sagrados objetos de la justa causa, es su deber primero; pero desprenderse de lo que la patria le franquea para su indispensable subsistencia, es retribuir a la patria cuanto ha recibido de ella". Mandóse publicar "para que su ejemplo se trasmita a sus hijos e inspire sentimientos tan dignos de la general estimación y del grande objeto que los promueve".

Consagróse con todo ahinco e interés a sus deberes militares y, entre otras medidas, ordenó que todos los soldados se cortasen la trenza que usaban y que constituía una de

sus características. Una parte de las tropas se sublevó ante tal medida, atrincherándose en el cuartel, donde fueron reducidos por las armas y rigurosamente castigados para escarmiento de los demás. Se despojó al regimiento de su número de honor, antigüedad y uniforme.

La situación del país no estaba libre de los peligros que le amenazaban por todas partes. Las tropas realistas concentradas en Montevideo y apoyadas por las tropas del Brasil, volvían a encender la tea reaccionaria. La marina española, dueña de los mares, efectuaba frecuentes incursiones por los ríos Paraná y Uruguay, asaltando las indefensas poblaciones situadas en sus inmediaciones. A fin de contrarrestar tales piraterías, se mandó construir baterías en las costas, confiándose a Belgrano el mando de las del pequeño pueblo de Rosario.

Salió de Buenos Aires al mando de su regimiento y llegó a aquel lugar el 10 de febrero, haciéndose cargo de inmediato de las tropas que estaban de guarnición.

Teníase conocimiento, por entonces, que una escuadrilla española con fuerzas de desembarco debía remontar el río para apoderarse de la Bajada del Paraná. Se ocupó, pues, en activar los trabajos de fortificación para impedir su paso. Las obras fueron confiadas al coronel de ingenieros don Angel Monasterio, quien con todo celo y actividad levantó

en poco tiempo las fortificaciones: una sobre la costa y otra en la isla situada enfrente.

El 13 de febrero de 1812 solicitó Belgrano al gobierno se sirviera indicar la escarapela nacional que debía usarse en sustitución de la realista, usada hasta entonces. Se declaró en acuerdo de fecha 18 de febrero "que la escarapela nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debía componerse de los dos colores, blanco y azul celeste".

El 23 de febrero distribuyó la nueva insignia y comunicó al gobierno: "se ha puesto en ejecución la orden de V. E., fecha 18 del corriente, para el uso de la escarapela nacional que se ha servido señalar, cuya determinación ha sido del mayor regocijo, y excitado los deseos de los verdaderos hijos de la patria de otras declaraciones de V. E. que acaben de confirmar a nuestros enemigos de la firme resolución en que estamos de sostener la Independencia de la América".

Triunfante en este pedido, asumió sobre sí la responsabilidad de crear y enarbolar una nueva bandera en vísperas de inaugurar las baterías de Rosario, que había bautizado con los nombres de Libertad e Independencia.

El día 27 manifestó al gobierno que: "siendo preciso enarbolar bandera y no teniéndola, la mandé hacer celeste y blanca, conforme a los colores de la escarapela nacional; espero que sea de la aprobación de V. E."

Hizo formar sus tropas, aquel día a las 18 ½ horas, enarboló la nueva bandera, que

fué saludada con una salva de artillería, y les habló así:

"Soldados de la patria:

"En este punto hemos tenido la gloria de vestir la escarapela nacional que ha designado nuestro excelentísimo gobierno: en aquél, la batería de la Independencia, nuestras armas aumentarán las suyas. Juremos vencer a los enemigos interiores y exteriores, y la América del Sur será el templo de la independencia y de la libertad.

"En fe que así lo juráis, decid conmigo: ¡Viva la patria!

"Señor capitán y tropa destinada por la primera vez a la batería Independencia, id, posesionáos de ella, y cumplid el juramento que acabáis de hacer".

Así flameó por primera vez la bandera argentina, anunciando a la faz de la tierra que surgía una nueva nación.

El gobierno reprobó severamente el acto de Belgrano al tener conocimiento de él y mandó arriar la bandera, porque el país estaba en una situación aún crítica y era de conveniencia seguir una prudente política.

Belgrano no tuvo conocimiento de la nota que en tal sentido le dirigió el gobierno. Había sido nombrado interinamente jefe del ejército del Alto Perú, en reemplazo del general don Juan Martín de Pueyrredón, y el 1° de marzo se ausentó, llegando aquella comunicación recién el 3 de marzo a Rosario.

VIII

Tucumán y Salta

Belgrano toma posesión del mando del ejército. — Reorganízalo. — Bendición de la bandera por él creada. — Emprende la retirada de acuerdo con las instrucciones recibidas. — Combate de Las Piedras. — Belgrano se detiene en Tucumán. — Batalla de Tucumán. — Persecución del enemigo. —La Virgen de las Mercedes, Generala del Ejército. — Batalla de Salta. — Establece su cuartel general en Potosí.

El 19 de marzo de 1812 llegó a Tucumán y desde allí se trasladó al cuartel general establecido en Yatasto, donde el general Pueyrredón le delegó el mando.

Como primer medida, Belgrano decidió establecer el campamento en Campo Santo, a fin de reorganizar en forma conveniente el ejército que encontró en malas condiciones. El 19 de mayo pasó a Jujuy, decidido a iniciar la ofensiva para auxiliar a Cochabamba, si era posible. Como acto preliminar envió al coronel don Juan R. Balcarce con una fuerte vanguardia hacia Humahuaca.

En estos trabajos y dificultades le sorprendió el 25 de mayo en Jujuy, desde donde comunica al gobierno la satisfacción con que ha presenciado la celebración de tan fausto día. El hecho de enarbolar la bandera celeste y

blanca por segunda vez; su bendición por el deán Juan Ignacio de Gorriti y su juramento por las tropas, eran sin duda, solemnidades que debían exaltar el patriotismo. Hizo formar las tropas, las arengó "y pasando yo por sobre las filas la bandera, puedo asegurar a V. E. que vi, observé el fuego patriótico en las tropas, y también oí en medio de un acto tan serio murmurar entre dientes: "Nuestra sangre derramaremos por esta bandera".

El gobierno, creyéndose desobedecido por segunda vez, pues ignoraba que Belgrano no hubiese recibido la primer reprobación, le envió un oficio amonestándolo en términos muy severos. Sorprendió a Belgrano esta actitud y contestó disculpándose y explicando los sucesos.

A mediados de julio cayó Cochabamba en poder de los realistas, quienes reforzaron con aquellas fuerzas, la vanguardia de Suipacha, con el objeto de emprender una enérgica ofensiva. Con estas perspectivas y las instrucciones que había recibido desde Buenos Aires, Belgrano resolvió retroceder. El 27 de agosto inició su marcha en dirección a Tucumán, perseguido de cerca por las tropas realistas. Al sur del río de Las Piedras tuvo que sostener un pequeño combate con la vanguardia enemiga, a la que consiguió dispersar, el 3 de septiembre. Si insignificante fué este triunfo como hecho de armas, grande debió ser su poder moral para exaltar el abatido ánimo de los patriotas.

En su marcha de retroceso resolvió, contra las órdenes recibidas, fortificarse en Tucumán. "Son muy apuradas las circunstancias, y no hallo otro medio que exponerme a una nueva acción: los enemigos vienen siguiéndonos. El trabajo es muy grande; si me retiro y me cargan, todo se pierde, y con ello nuestro total crédito. La gente de esta jurisdicción se ha decidido a sacrificarse con nosotros, si se trata de defenderla, y de no, no nos seguirán y lo abandonarán todo: pienso aprovecharme de su espíritu público y energía para contener al enemigo, si me es dable, o para ganar tiempo, a fin de que se salve cuanto pertenece al Estado".

Al llegar a la ciudad, se afianzó más su confianza en el triunfo, dada la fe inquebrantable de los tucumanos de vencer o morir. Ordenó que se fortificara aquélla y se situó con el grueso del ejército en el Campo de las Carreras.

El 23 de septiembre llegaron las tropas realistas a Nogales, desde donde se dirigieron decididamente sobre Tucumán. La batalla tuvo lugar el día 24 y la lucha fué heroicamente sostenida, con sus alternativas para ambas partes, hasta que la victoria coronó las armas de la patria.

El general Tristán ordenó la retirada en dirección a Salta, perseguido por una parte de las tropas vencedoras, las que lograron darle alcance al llegar al río de Las Piedras, donde obtuvieron otro triunfo.

"La división de vanguardia — dice Mitre — llegó a Tucumán en momentos que una procesión cruzaba las calles de la ciudad, llevando en triunfo la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes. Como la victoria del 24 de septiembre había tenido lugar precisamente en el día de su advocación, se atribuyó el resultado a su divina influencia, y el general Belgrano, que además de ser un hombre religioso, se proponía en ello un fin político, la hizo nombrar Generala del Ejército. A caballo y llena del polvo del camino, se incorporó la división de vanguardia a la procesión, la que, siguiendo su marcha, desembocó al campo de batalla, húmedo aún con la sangre de las víctimas. El general se coloca entonces al pie de las andas, que descienden hasta su nivel, y desprendiéndose de su bastón de mando, lo coloca en las manos de la imagen; y las andas vuelven a levantarse, y la procesión continúa majestuosamente su camino. Este acto tan sencillo como inesperado, produjo una impresión profunda en aquel concurso poseído de sentimientos piadosos, y aun los espíritus fuertes se sintieron conmovidos".

El gobierno, al saber el éxito alcanzado por el ejército de Belgrano, premió a los vencedores con un distintivo de honor con el lema:

"La patria a sus defensores en Tucumán".

"A V. S. — se le decía a Belgrano, — en premio de sus fatigas, y del constante desvelo con que se ha empeñado en hacer brillar la

virtud americana, se le acuerda un escudo de lámina de oro con el mismo mote".

"Si la virtud y el heroísmo de los ciudadanos sacrificados por la libertad de su país — dice el honroso acuerdo, — es capaz de mover la gratitud y el amor de las almas sensibles, nunca se presenta con un carácter más digno, que cuando se ejerce en justo homenaje a los que lo salvan de la opresión y de la servidumbre: tal ha sido el premio que demanda la generosa valentía de los ilustres guerreros del Tucumán. El mérito de estos ciudadanos virtuosos sólo debe graduarse por la suerte desgraciada que preparaban los tiranos a una porción de pueblos inermes, si una fuerte resistencia no hubiera contenido sus bárbaros proyectos: ellos calculaban el número de los triunfos por el número de las víctimas que se disponían a sacrificar, y se vanagloriaban ya en las fortunas que debían erigirse sobre las ruinas de los inocentes, y creían extender la cadena de la esclavitud hasta los límites que alcanzase el influjo de sus parricidas intenciones; pero el valor, la constancia, la serenidad y la intrepidez del invicto general don Manuel Belgrano, de los batallones aguerridos que estaban a sus órdenes y de los ilustres patriotas que lo acompañaban, levantaron una barrera insuperable en que se estrelló la ambición y la tiranía, elevándose sobre las ruinas el estandarte de la libertad. Un esfuerzo tan noble y generoso ha movido al gobierno a prodigarles las distinciones a que

se han hecho acreedores, con el objeto de que se atraigan durante su existencia el afecto de sus conciudadanos y la veneración de las generaciones venideras".

Por esta misma fecha Belgrano fué nombrado capitán general.

Nuestro héroe declinó el título y el honor del triunfo. "Sirvo a la patria sin otro objeto — decía en su nota — que el de verla constituída, y éste es el premio a que aspiro". El triunfo de Tucumán tuvo su repercusión inmediata sobre el espíritu de los patriotas y una gran trascendencia para la causa de la revolución.

Los restos del ejército realista se atrincheraron en Salta a la espera de refuerzos que debía enviar Goyeneche. Belgrano, reorganizadas ya sus fuerzas, se dispuso a tomar la ofensiva.

El 12 de enero de 1813 inició la marcha y el 13 de febrero, después de vadear el río Pasaje, formó su ejército e hizo jurar la bandera celeste y blanca; aquella bandera que había mandado reservar "para el día de la gran victoria por el ejército". Después de la ceremonia mandó grabar en un árbol gigantesco que estaba cerca del rio esta inscripción. "Río del Juramento". Reiniciada la marcha, el día 14 la avanzada patriota sorprendió al enemigo en Cobos infringiéndole una pequeña derrota. Desde este punto Belgrano avanzó sobre Salta, situándose en la llanura de Castañares. Con esta operación se interpuso entre

Salta y Jujuy, cortando las comunicaciones y la retirada a los realistas. El 20 de febrero las tropas patriotas iniciaron el ataque. La suerte de las armas favoreció otra vez a Belgrano, quien acordó la capitulación solicitada por el General Tristán con la condición "de que rendirían las armas, entregarían sus pertrechos de guerra, obligándose por juramento, desde el General hasta el último tambor, no volver a tomar las armas contra las Provincias Unidas hasta el límite del Desagüadero".

Entre tanto el General Belgrano continó su marcha hasta Potosí donde estableció su cuartel general

La Asamblea General premió a los vencedores declarándolos "beneméritos en alto grado"; se concedió a los oficiales y tropas un escudo orlado de palma y laurel, con la siguiente inscripción: "La Patria a los vencedores en Salta"; se ofreció al general un sable con guarnición de oro, con esta inscripción grabada: "La Asamblea Constituyente al benemérito general Belgrano", y además, un premio de $ 40.000 en tierras del Estado.

Destinó el premio a la creación de escuelas, y en tal sentido decía al gobierno: "He creído propio de mi honor y de los deseos que me inflaman por la prosperidad de mi patria, destinar los expresados cuarenta mil pesos, para la dotación de cuatro escuelas públicas de primeras letras en que se enseñe a

leer y escribir, la aritmética, la doctrina cristiana, los primeros rudimentos de los derechos y obligaciones del hombre en sociedad, hacia ésta y hacia el gobierno que la rige, en cuatro ciudades, a saber: Tarija, ésta (Jujuy), Tucumán y Santiago del Estero (que carecen de un establecimiento tan esencial e interesante a la religión y al Estado, y aun de arbitrios para realizarlo), bajo el reglamento que presentaré a V. E. y pienso dirigir a los respectivos Cabildos".

Aceptada la oferta, redactó el reglamento a que debían sujetarse. Enalteció en él la misión del maestro para que sea digno de "inspirar a sus alumnos los sentimientos de honor, amor a la virtud y a las ciencias, inclinación al trabajo y un espíritu nacional que le haga preferir el bien público al privado".

"Y tan es de noble, de alto, de puro el sueño de Belgrano — dice Juan P. Ramos, — que hace grabar en el escudo de la escuela de Jujuy estas palabras que resumen toda la grandiosidad de su pensamiento: "Venid, que de gracia se os da el néctar agradable y el licor divino de la sabiduría". Leyenda inmensa para una cosa tan pequeña como es una escuela de primeras letras, pero en su exageración misma revela lo trascendental del pensamiento que le inspira. Así era de grande, como ella, el sueño de aquel hombre. La cultura era la salvación de la patria: era progreso, porque era esperanza, e impulso y acción fecunda y creadora. Y siendo así debía ser soñada en grande".

IX

Vilcapugio y Ayohuma

Belgrano avanza hasta Vilcapugio. — Sorpresa de Vilcapugio. — Retirada hacia Ayohuma. — Batalla de Ayohuma. — Belgrano se retira hacia Tucumán. — Entrega el mando a San Martín. — Su regreso a Buenos Aires.

Desde que estableció su cuartel en Potosí, contrájose con afán a organizar su ejército, y el 5 de septiembre empezó a moverse en dirección a Lagunillas, donde operó su concentración. El 27 de septiembre entró a la pampa de Vilcapugio y estableció allí su campamento general. El ejército enemigo, al mando de Pezuela, se encontraba en Condo-Condo. Un destacamento de observación realista enviado a Pequereque, a las órdenes del general Castro, chocó con las avanzadas al mando de Cárdenas, que fué disuelta. Varias cartas de Belgrano en que detallaba su plan y su situación cayeron también en poder de Castro, quien las hizo llegar a Pezuela. Advertido así del inminente peligro en que se encontraba, atacó resueltamente a las tropas patriotas en el llano de Vilcapugio, el 1 de octubre. Después de algunas alternativas, la victoria fué adversa al ejército revolucionario. Belgrano preocupóse entonces

de salvar las tropas que aún restaban, y en el momento de ponerse en marcha les dijo así: "Soldados: Hemos perdido la batalla después de tanto pelear. ¡No importa! Aun flamea en nuestras manos la bandera de la patria".

Al anochecer se llegó a Caine y el 5 de octubre se encontraba en Macha, lugar donde volvió a trabajar activamente para organizar su ejército. Por su parte, Pezuela no había permanecido inactivo y en su avance llegó el 1º de noviembre a los altos de Taquiri, desde donde se domina la pampa de Ayohuma.

Belgrano, al tener conocimiento del movimiento del ejército realista, tomó sus precauciones y acampó en la llanura de Ayohuma, distante tres leguas de Macha, donde esperó al enemigo.

El 14 de noviembre se inició la acción, que fué adversa, por segunda vez, a las tropas patriotas.

Con los restos del ejército, Belgrano emprendió la retirada, llegando el día 16 a Potosí; el 8 de diciembre a Humahuaca y el 25 del mismo mes a Jujuy, donde fijó momentáneamente su cuartel general. Desde allí continuó su repliegue hacia Tucumán, donde terminaría de reorganizar su ejército con los refuerzos que esperaba de Buenos Aires para iniciar de nuevo una vigorosa ofensiva. El 19 de enero volvió a vadear el río Juramento y el 29 se encontró en la he-

roica Tucumán, donde se incorporó San Martín con los refuerzos que traía desde la Capital, y a quien presentó como segundo jefe del ejército, de acuerdo con las órdenes recibidas. Poco después recibió otro oficio, donde se le ordenaba entregar el mando de las tropas al coronel San Martín, accediendo a su petición de relevo.

Al mismo tiempo habíase nombrado una comisión encargada de procesar a Belgrano por las derrotas sufridas en Vilcapugio y Ayohuma. San Martín impidió a dicha comisión que llenara su cometido, por cuya razón, el gobierno ordenó a Belgrano que se ausentara a Córdoba. En esta ciudad permaneció algún tiempo, trasladándose luego a la villa de Luján, 12 de junio, donde se detuvo ante una orden del gobierno. Enfermó de gravedad en este punto y pidió y obtuvo permiso para llegar, en calidad de detenido, hasta una quinta inmediata a la Capital — San Isidro, — donde empezó a escribir sus Memorias o Autobiografía, tal vez con el propósito de preparar los elementos justificativos de su conducta. Su procesamiento continuó y al fin el gobierno mandó sobreseer la causa, por cuanto no resultaba ningún cargo contra él.

X

Misión diplomática

Belgrano y Rivadavia. — Entrevista con García. — Plan de Sarratea. — Intrigas del conde Cabarrús. — Fracaso de las gestiones diplomáticas. — Regreso de Belgrano a Buenos Aires.

Al terminar el año 1814 la revolución argentina se presentaba como un caos social, del cual se hacía difícil salir. En tal estado, se pensó en neutralizar por la diplomacia el amago de expedición española que se anunciaba contra el Río de la Plata, buscando a la vez aliados exteriores que apoyaran el movimiento revolucionario. Con este fin, se nombró a Belgrano y Rivadavia en misión diplomática ante las cortes de Inglaterra y España. Partieron el 28 de diciembre de 1814 con destino a Río de Janeiro, donde debía reunírseles Manuel José García, comisionado confidencial cerca de la corte del Brasil, para cooperar con ellos. En este punto tuvieron conocimiento que Alvear había sido nombrado Director Supremo; que en carácter de tal y en una situación y un ambiente adverso, a los quince días de asumir el mando, firmó los dos oficios, de que era portador García, poniendo a disposición del gobierno bri-

tánico las Provincias Unidas del Río de la Plata. García, aconsejado por Rivadavia, no hizo entrega de la nota. Desalentados por estos acontecimientos, partieron de Río de Janeiro el 15 de marzo de 1815, llegando a Falmouth el 7 de mayo, desde donde pasaron a Londres. En esta ciudad uniéronse con don Manuel Sarratea, a la sazón agente del gobierno argentino en Europa, ante quien abrieron los pliegues cerrados de que eran portadores y dentro encontraron sus diplomas y las instrucciones a que debían sujetar sus actos.

Cuando se proponían llevar a cabo sus planes, Sarratea se opuso a ello, manifestando que había bosquejado un proyecto más eficaz que el planeado, que debía dar por resultado el reconocimiento de la independencia, no sólo por parte de España, sino también de las naciones que podían hacerle oposición.

Sarratea había enviado un agente cerca del destronado rey Carlos IV, que se encontraba entonces en Roma, para obtener su consentimiento y coronar a su hijo el príncipe don Francisco de Paula. Los comisionados resolvieron aceptar este plan, en vista de la imposibilidad de llevar a cabo otro, dado el giro que habían tomado los acontecimientos europeos, como lo manifiesta Belgrano en su informe de fecha 3 de febrero de 1816:

"Reflexionamos sobre la materia con aquel pulso y madurez que exigía: observamos por

una parte el estado en que habíamos dejado las provincias y el de los gobiernos que las regían; las disposiciones de la Corte de España para traer la guerra a nuestros países; la frialdad del gobierno inglés, o no sé si me atrevo a decir enemigos de nosotros y de todos los demás gobiernos de América: el interés que manifestaba el resto de las potencias (incluyendo aún a los Estados Unidos de América), en que nos conservemos unidos a la España, con el designio de poder balancear el poder marítimo de la Inglaterra, aprovechándose de su misma indiferencia al favorecernos, o porque no está en sus cálculos de ventaja respecto del continente europeo, o porque en él ha obrado por ideas enteramente contrarias, o porque cree tal vez que somos capaces de sostenernos nosotros mismos contra el gobierno español, y que demasiado hace con no ayudarnos. Observamos la reacción que se obraría en la familia de España con este hecho; cómo se le cruzarán sus ideas en contra de la América con él, pudiendo nosotros apoyar el proyecto en el derecho que nos asistía de escoger al Infante, lo mismo que le habían hecho los españoles escogiendo a Fernando y despojando a su padre del reino; que nombrando el padre a su hijo, el predicho Infante, por su sucesor en las Provincias Unidas del Río de la Plata, se declararía precisamente el gobierno inglés por el pensamiento, así porque era nuestro y consiguiente a los principios, porque obra en sus

transacciones políticas en el continente de Europa, como porque entonces, no teniendo disculpa para con su nación, que está empeñada en nuestra independencia, y se empeñaría más viendo que la imitábamos en su clase de gobierno, se vería precisado a seguir sus votos; que entonces habríamos llegado a aspirar y plantificar la legitimidad de los sucesos; con lo que obligábamos a hacer callar no sólo a las potencias en contra nuestra, incluso la de nuestra vecindad, quien pensábamos podría obligarse por enlace de una de sus hijas con el Infante, para que nos favoreciere; teniendo por último y lo más principal en vista, que así desterrábamos la guerra de nuestro suelo; que habría una persona en quien se reuniesen todas las miradas, ni despertar celos entre quienes se consideran iguales, lo que siempre trae pasos retrógrados a la causa que sostenemos con la continua variación de Gobierno, y que al fin por este medio conseguiríamos la independencia y que ella fuese reconocida con los mayores elogios, puesto que en Europa no hay quien no deteste el furor republicano: e igualmente establecer un gobierno sobre bases sólidas y permanentes, según la voluntad de los pueblos, en quien estuviesen deslindadas las facultades de los poderes, conforme a sus circunstancias, carácter, principios, educación y demás ideas que predominan y que la experiencia de cinco años que llevamos de revolución nos han enseñado. Considerando, pues,

todo esto, y teniendo presente que de resistirnos, no sólo obrábamos contra lo que la razón nos dictaba en tales circunstancias, como único remedio a nuestra patria, sino que se atribuiría después a nuestra resistencia su pérdida, y la preponderancia de la causa de los reyes sobre los pueblos, nos resolvimos a entrar en el proyecto, a favorecerle y prestarle todos los auxilios que de nuestra parte estuvieren".

Puestos al habla con el agente de Sarratea, que lo era el conde de Cabarrús, diéronle instrucciones precisas. Las gestiones fueron llevadas a cabo y fracasaron. Pretendió entonces el conde de Cabarrús embaucar a los delegados en un proyecto infantil, haciéndolos víctimas de una miserable intriga. Pronto comprendieron Belgrano y Rivadavia, que habían sido engañados. Disgustado aquél con Sarratea, acordaron entre sí que Belgrano regresaría al Río de la Plata, a fin de informar personalmente del resultado de la misión. Entretanto, Rivadavia permanecería en Europa bajo la responsabilidad de Belgrano.

El 15 de noviembre de 1815 aquellos dos grandes patriotas se separaron para no encontrarse ya más en la jornada libertadora.

XI

Ultimos destellos

Belgrano es nombrado general en jefe del ejército de observación. — Díaz Vélez lo depone. — Expone sus ideas monárquicas ante el Congreso de Tucumán. — General en jefe del ejército del Norte, conságrase a restablecer el orden interno. — Su regreso a Buenos Aires. — Ultimos momentos de su vida. — Homenaje póstumo.

Belgrano llegó a Buenos Aires en febrero de 1816, en circunstancias en que se encendía nuevamente la guerra civil.

En marzo de aquel año el gobierno lo nombró general en jefe del ejército de observación reunido en Rosario, adonde se dirigió. Trató desde allí de negociar amigablemente un convenio con las montoneras, para lo cual envió a don Eustaquio Díaz Vélez.

Díaz Vélez, abusando de la confianza depositada en él, se entendió con el enemigo el 9 de abril, ajustando un pacto subversivo en Santo Tomé. El 11 de abril se produjo el alzamiento y Belgrano fué depuesto y obligado a retirarse a Buenos Aires.

Llamado insistentemente por algunos miembros del Congreso de Tucumán, emprendió viaje hacia aquella ciudad, donde llegó a fines de junio. Designado por el Congreso, general en jefe del ejército del Norte, en

reemplazo de Rondeau, en circunstancias difíciles, aquel hombre daría prueba, una vez más, de su abnegación y patriotismo.

El 6 de julio invitólo el Congreso a exponer sus teorías monárquicas, lo que hizo en forma brillante. "Aunque la revolución de América — dijo entre otras cosas — en su origen mereció un alto concepto de los poderes de Europa, por la marcha majestuosa con que se inició, su declinación en el desorden y anarquía, continuada por tan dilatado tiempo, ha servido de obstáculo a la protección, que sin ella se habría logrado; así es que, en el día, debemos contarnos reducidos a nuestras propias fuerzas. Además, ha acaecido una mutación completa de ideas en Europa, en lo relativo a la forma de gobierno. Así como el espíritu general de las naciones, en años anteriores, era republicanizarlo todo, en el día se trata de monarquizarlo todo. La nación inglesa, con el grandor y majestad a que se ha elevado, más que por sus armas y riquezas, por la excelencia de su Constitución monárquico - constitucional, ha estimulado a las demás a seguir su ejemplo. La Francia lo ha adoptado. El rey de Prusia, por sí mismo, y estando en el pleno goce del poder despótico, ha hecho una revolución en su reino, sujetándose a bases constitucionales idénticas a las de la nación inglesa; habiendo practicado otro tanto las demás naciones. Conforme a estos principios, en mi concepto, la forma de gobierno más conveniente para es-

tas provincias, sería la de una monarquía temperada, llamando la dinastía de los Incas, por la justicia que en sí envuelve la restitución de esta casa, tan inicuamente despojada del trono; a cuya sola noticia estallará un entusiasmo general de los habitantes del interior".

La Asamblea, influenciada por las ideas de Belgrano, discutió durante varias sesiones la forma de gobierno que debía adoptarse, sin resolver finalmente nada.

Protegido el país por el norte por los aguerridos gauchos de Güemes, Belgrano marchó sobre Santa Fe, a fin de restablecer el orden interno. Abrió negociaciones con los caudillos y en virtud de un convenio celebrado en San Lorenzo, el 12 de abril de 1819, persuadido de que con él "afianzaría las bases de la amistad y confraternidad, sobre las cuales se fundaría el tratado de paz y concordia, tan deseado para la prosperidad de la Nación", estableció su campamento en Cruz Alta. Para mejorar la situación de sus tropas, se trasladó más tarde a Capilla del Pilar, sobre el río Segundo, a nueve leguas de Córdoba, donde entregó el mando al coronel mayor Francisco Fernández Cruz, y se ausentó a Tucumán en procura de alivio para su salud quebrantada.

El 11 de noviembre, encontrándose en Tucumán, se sublevó la guarnición, encabezada por el capitán Abraham González. Invadió éste el aposento de Belgrano, quien, incorporán-

dose en su lecho de enfermo, al ver tropa armada, dijo:

"¿Qué quieren de mí? Si es necesaria mi vida para asegurar el orden público, aquí está mi pecho: quítenmela". "González, por toda contestación — dice Mitre — ordenó se le remachase en el acto una barra de grillos, en circunstancias que sus piernas hinchadas no podían soportar el contacto de las ropas". Interpúsose el abnegado médico de cabecera Dr. José Redhead, quien evitó así que se cometiera aquel acto de barbarie.

En los primeros días de febrero se puso en viaje, rumbo a Buenos Aires, acompañado por su médico, leal y generoso amigo en la desgracia, el capellán Villegas y sus ayudantes de campo. Al llegar a Córdoba sus recursos se agotaron y tuvo que recurrir a un modesto comerciante llamado Carlos del Signo, quien le facilitó los medios para poder continuar su peregrinación. A los tres meses de su llegada a Buenos Aires, en la mañana del 20 de junio de 1820, expiró rodeado de sus hermanos y unos pocos amigos leales, pronunciando estas palabras: "¡Ay, patria mía!"

Sus restos mortales fueron sepultados en el atrio del convento de Santo Domingo, hasta donde llegó un reducido núcleo de personas. Y estos fueron los únicos honores tributados a este patriota. Su hermano, el canónigo Domingo Estanislao, ante la indiferencia del Cabildo, mandó realizar los fúnebres oficios el 28 de junio.

Un año más tarde, el 29 de julio de 1821, las autoridades, tropas y pueblo, se congregaron en la catedral para recibir los despojos mortales y escuchar la oración fúnebre del gobernador de la diócesis, Dr. Valentín Gómez, después de lo cual, el ataúd fué conducido y depositado nuevamente en Santo Domingo, con los honores militares correspondientes a capitán general en campaña.

La justicia póstuma reparaba así la ingratitud del primer momento.

En ocasión del centenario del natalicio, el gobierno de Buenos Aires decretó la erección de una estatua ecuestre, que fué inaugurada el 24 de septiembre de 1873 por el Presidente Sarmiento.

Su ilustre historiador general Mitre, en una brillante arenga, le aclamó en aquella ocasión "padre de la patria, como precursor de nuestra independencia, númen de libertad, genio de bien, modelo de virtudes cívicas". cuya memoria perdurará en el corazón de los hombres, "mientras la bandera argentina no sea una nube que se lleve el viento y mientras el nombre de nuestra patria, pronunciado por millones de ciudadanos libres, haga estremecer las fibras de tu bronce!".

CUADRO CRONOLOGICO

1770. — El 3 de junio nace en Buenos Aires, Manuel Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano.

1786. — El 4 de noviembre se inscribe en la Universidad de Salamanca.

1789. — Se gradúa de bachiller en la Facultad de Leyes de Valladolid, el 28 de enero.

1790. — Es designado presidente de la Academia de Derecho Romano, Práctica Forense y Economía Política de la Real Universidad de Salamanca.

1793. — El 31 de enero de este año se gradúa de abogado en la Real Cancillería de Valladolid.

1793. — El día 6 de diciembre es nombrado Secretario Perpetuo del Real Consulado de Buenos Aires.

1794. — Solemnemente se inaugura en Buenos Aires el Consulado, y Belgrano se hace cargo de su puesto, 2 de junio.

1797. — El 7 de marzo es nombrado capitán de las milicias urbanas de infantería de Buenos Aires.

1801. — Coopera en la fundación del primer periódico editado en el Río de la Plata, "El Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiógrafo del Río de la Plata", dirigido por Cabello.

1806. — El 9 de junio, el marqués de Sobremonte lo nombra capitán graduado de milicias urbanas. Formó parte de las huestes contra la invasión inglesa de este año.

1806. — El virrey Sobremonte lo nombra sargento mayor de la Legión de Patricios Voluntarios urbanos de Buenos Aires, con fecha 8 de octubre.

1807. — Se apresta para repeler la invasión inglesa, como ayudante del coronel César Balbiani.

1810. — En el mes de enero se le encargó la dirección del periódico "Correo de Comercio".

1810. — El 25 de mayo es elegido vocal de la Junta Gubernativa.

1810. — 4 de julio. La Junta de Gobierno lo nombra presidente de la Junta de Montepío de ministros de Justicia y Real Hacienda.

1810. — El 22 de septiembre es designado general en jefe de las fuerzas expedicionarias al Paraguay.

1810. — El 16 de noviembre funda los pueblos de Curuzú-Cuatiá y Mandisoví.

1810. — El ejército patriota triunfa en Campichuelo el 19 de diciembre.

1810. — Con fecha 30 de diciembre, dicta un Reglamento para los pueblos de las Misiones.

1811. — Las tropas patriotas son vencidas en Paraguary el 19 de enero.

1811. — El ejército revolucionario es atacado en Tacuarí el 9 de marzo, donde sale triunfante. Armisticio de Tacuarí.

1811. — El 4 de abril inicia su campaña contra la Banda Oriental.

1811. — Con fecha 19 de abril se le ordena que delegue el mando del ejército y que vuelva a Buenos Aires a rendir cuenta de su campaña al Paraguay.

1811. — El 1 de agosto es designado representante diplomático ante el Paraguay.

1812. — Confíasele el mando de las fortificaciones del pueblo de Rosario.

1812. — El 13 de febrero solicita del Gobierno la adopción de una escarapela nacional, y con fecha 23 del mismo reparte la escarapela celeste y blanca.

1812. — El 27 de febrero inaugura las baterías Independencia y Libertad y enarbola por primera vez la bandera celeste y blanca por él creada. El mismo día fué nombrado general en jefe del ejército del Alto Perú.

1812. — Llega a Tucumán el 19 de marzo y se traslada al campamento de Yatasto, donde se hace cargo del ejército.

1812. — El 25 de mayo enarbola por segunda vez la bandera celeste y blanca, haciéndola bendecir.

1812. — El 24 de septiembre las fuerzas patriotas obtienen un brillante triunfo en Tucumán.

1813. — Al vadear el río Pasaje, el 13 de febrero, el ejército jura la bandera.

1813. — En las cercanías de Salta las tropas patriotas obtienen un nuevo triunfo el 20 de febrero. El general Tristán es obligado a capitular.

1813. — El 1 de octubre las fuerzas realistas triunfan en Vilcapugio.

1813. — Los patriotas son rechazados en Ayohuma el 14 de noviembre.

1814. — El 18 de enero delega el mando del ejército al coronel San Martín, y poco tiempo después regresa a Buenos Aires.

1814. — Con fecha 28 de diciembre, parte en misión diplomática a Europa, en compañía de Rivadavia.

1815. — El 7 de mayo llega a Falmouth, desde donde se dirige a Londres para unirse con Sarratea.
1815. — Emprende el regreso a su patria con fecha 15 de noviembre.
1816. — En marzo, el gobierno lo nombra general en jefe del ejército de observación, siendo depuesto por Díaz Vélez el 11 de abril.
1816. — Marcha a Tucumán, donde es designado por el Congreso, general en jefe del ejército del Norte. El 6 de junio expone sus ideas monárquicas ante los congresales, a su solicitud.
1819. — El 1º de febrero, con el ejército de su mando, inicia su marcha al interior del país, a fin de restablecer el orden.
1819. — El 12 de abril se aprueba el convenio de San Lorenzo con los caudillos del litoral.
1819. — A fin de restablecer su salud, entrega el mando al coronel Francisco Fernández Cruz, y se ausenta a Tucumán el 11 de septiembre.
1820. — En los primeros días de febrero emprende viaje a Buenos Aires, gravemente enfermo.
1820. — El 20 de junio muere en Buenos Aires el ilustre general.
1821. — El 29 de julio las autoridades reparan la injusticia cometida y decretan honores correspondientes a capitán general en campaña.
1873. — Se inaugura en Buenos Aires una estatua ecuestre, el 24 de septiembre.

INDICE

I. — DON MANUEL BELGRANO.

Sus padres. Nacimiento. Los primeros años. Sus estudios en España. Se gradúa de abogado. Nombramiento de Belgrano como Secretario del Consulado de Buenos Aires 13

II. — EL CONSULADO.

Regreso de Belgrano a Buenos Aires. Instalación del Consulado. Memorias económico - sociales de Belgrano. Monopolio y libre cambio. La educación popular. Propone que se establezca una compañía de seguros; que se funde una Escuela Práctica de Agricultura, otra de Comercio. Fundación de la Escuela de Náutica y de la Academia de Dibujo. Premios a la industria, al trabajo y al estudio. Honores dispensados 19

III. — LAS INVASIONES INGLESAS.

Primera invasión inglesa. Belgrano milita en un batallón por primera vez. Se resiste a jurar fidelidad al invasor y emigra. La Reconquista. Regresa a su patria. Es nombrado sargento mayor de la Legión de Patricios. Segunda invasión. Actividad desplegada por Belgrano 33

IV. — VOCAL DE LA JUNTA GUBERNATIVA.

Los sucesos españoles de 1808. Ideas de Belgrano sobre la independencia. Insiste sobre sus ideas librecambistas. Belgrano se traslada a la Banda Oriental. Su regreso. El periódico "Correo de Comercio" de Buenos Aires. La "Sociedad de los Siete". Actividades que despleiga. La Revolución de Mayo. Belgrano, vocal de la Junta Gubernativa 39

V. — EXPEDICION AL PARAGUAY.

Organización de las fuerzas expedicionarias. Fundación de Curuzú-Cuatiá y Mandisoví. Inicia su campaña sobre el Paraguay. Campichuelo. Paraguary. Tacuarí. Armisticio de Tacuarí. Diplomacia de Belgrano 45

VI. — CAMPAÑA DE LA BANDA ORIENTAL.

Belgrano es designado para dirigir la iniciación de la campaña. Estalla en Buenos Aires un movimiento revolucionario. Belgrano es separado de su puesto. Su procesamiento. Triunfo de la revolución paraguaya. Su absolución en el juicio seguido. Belgrano y Echevarría son enviados en misión diplomática al Paraguay 55

VII. — LA BANDERA ARGENTINA.

Belgrano es designado jefe del regimiento de Patricios. Rasgo de patriotismo y desinterés. Sublevación de los Patricios. Medidas disciplinarias. Belgrano es enviado a Rosario. Adopción de la escarapela nacional. Creación de la bandera argentina. General en jefe del ejército del Alto Perú 61

VIII. — TUCUMAN Y SALTA.

Belgrano toma posesión del mando del ejército. Reorganízalo. Bendición de la bandera por él creada. Emprende la retirada de acuerdo con las instrucciones recibidas. Combate de Las Piedras. Belgrano se detiene en Tucumán. Batalla de Tucumán. Persecución del enemigo. La Virgen de las Mercedes, Generala del Ejército. Batalla de Salta. Cuartel general de Potosí 65

IX. — VILCAPUGIO Y AYOHUMA.

Belgrano avanza hasta Vilcapugio. Sorpresa de Vilcapugio. Retirada hacia Ayohuma. Batalla de Ayohuma. Belgrano se retira hacia Tucumán. Entrega el mando al coronel San Martín. Su regreso a Buenos Aires..... 73

X. — MISION DIPLOMATICA.

Belgrano y Rivadavia. Entrevista con García. Plan de Sarratea. Intrigas del conde Cabarrús. Fracaso de las gestiones diplomáticas. Regreso de Belgrano a Buenos Aires 77

XI. —ULTIMOS DESTELLOS.

Belgrano es nombrado general en jefe del ejército de observación. Díaz Vélez lo depone. Expone sus ideas monárquicas ante el Congreso de Tucumán. General en jefe del ejército del Norte, conságrase a restablecer el orden interno. Su regreso a Buenos Aires. Ultimos momentos de su vida. Homenaje póstumo 83

CUADRO CRONOLOGICO 89

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00023531420